

MIÉRCOLES, 9 SEPTIEMBRE 2020

# Preparados para lo mejor

Jordi Nadal



**E**mpezaron las clases. Algunos padres acabamos de llevar a nuestros hijos –si son pequeños, de la mano– a la entrada de sus clases, donde, por cierto, unos cuantos se agolpan desafiando el riesgo del virus.

Pero no hablemos de la Covid, sino de lo que casi siempre es cierto en medio de la incertidumbre. Pensemos en aquello que nos da fortaleza para pensar y que nos entrega asideros para vivir más preparados. Lo bueno del saber es que, buceando en páginas, siempre encuentras puertos amigos en los que amarrar.

El gran autor, filósofo y poeta francés Paul Valéry (1871-1945) pronunció, ya entrado en años, un discurso en 1935 en el Collège de Sète, ciudad en la que nació y está enterrado, en su famoso cementerio marino. Sus reflexiones fueron formuladas precisamente en el centro donde había tomado sus clases y donde regresó 57 años después.

En ese texto recuerda su propia entrada en el colegio, el 3 de octubre de 1878, a los siete años, “de la mano de mi padre, bastante ansioso pero curioso por la continuación de esta gran aventura, dispuesto a reír y no lejos de llorar”. Uno, al leer esto, puede sonreír al verse tan bien reflejado. Valéry se preguntaba, como muchos padres y madres de hoy y de todos los tiempos, sobre “qué ha cambiado profunda y terriblemente desde mi época”.

Y en su disertación reflexiona sobre los enormes cambios materiales y tecnológicos que tienen efectos impredecibles sobre nuestro futuro “a escala mundial”. Entonces, como ahora, sucede lo inevitable: cada año intuimos que, como individuos, casi nadie tiene la capacidad de anticipar

su futuro. Eso nos debería llenar de humildad y ganas de aprender.

Decía Valéry sobre su época y país, “dentro de la civilización, la más poderosa en términos de equipamiento, la más rica en recursos naturales y energéticos, la más culta en términos de organización y distribución de ideas y cosas, pero en la que vemos que, precisamente, la vida individual tiende a volverse tan precaria, tan inquieta, tan acosada y más ansiosa que la vida de los seres primitivos”.

Ahora, casi todos sentimos con mayor intensidad momentos que nos hacen vivir, a ratos, con el corazón encogido. Al inicio del pasado año escolar no éramos conscientes que vivíamos de un modo en el que nos envolvía la fortuna de gozar de un entorno en el que nos creíamos –ahora vemos que erróneamente– preparados



## Según Valéry, la escuela debe formar personas “listas para enfrentarse a lo que nunca ha sido”

para todo. Ya sabemos que no es así. Y aunque nuestra sociedad nos pareciera –como a Valéry en 1935– una comunidad “cultura” y “poderosa”, sentimos renovada una inquietud: la de vivir con una ansiedad ancestral inherente a la condición humana, pero más palpable –sobre cómo será nuestro futuro.

Cuando Valéry, miembro de la Academia Francesa desde 1925, estaba reflexionando así, ya flotaba en el mundo un ambiente de conflicto. Pocos años después de este discurso (pronunciado un año antes del inicio de la Guerra Civil española), el autor austriaco Stefan Zweig estaría terminando su obra maestra *El mundo de ayer*, texto fun-

damental en el que analizaba el *Zeitgeist* (el espíritu de su tiempo) centroeuropeo. La historia había puesto en marcha la trituradora de nuevo.

Volvamos a ese discurso, en el que el poeta francés señala que hay “un conflicto sin salida entre las cosas que no pueden morir y las que no pueden vivir”. ¿No nos resulta familiar esta sensación? ¿Cuántas veces, a lo largo de la historia, estamos viviendo un momento con la sensación de que el mundo va a cruzar un umbral nuevo?

La escuela, para Valéry, tiene una nueva función. El formuló –como pensaron otros antes y seguimos sintiendo muchos otros, años después– que no se trata solo de transmitir conocimientos, sino de formar personas, en palabras de Valéry, “listas para enfrentarse a lo que nunca ha sido”. En corto, preparados para lo mejor.

Esta bellísima imagen de prepararnos para lo desconocido contiene la clave de todo cuanto debemos desear para los niños y jóvenes que inician curso. Aprender a leer. Aprender conocimientos y saberlos poner en su contexto. Aprender a pensar. Aprender a actuar.

Desde que el mundo es mundo generaciones se preguntan sobre cómo se prepara a los niños a formarse. Erasmo de Rotterdam dijo algo así como que la educación era una alianza de amor y perseverancia. Es hermoso reconocer la compañía que nos hacen las inquietudes de los grandes de todos los tiempos. Su grandeza estriba en la calidad de sus preocupaciones y de sus preguntas. Lo mejor de un colectivo es la calidad de los temas sobre los que se busca una solución.

Valéry, en esa conferencia tan actual, concluía que “un poco de conocimiento, mucho espíritu, mucha actividad de la mente, eso es lo esencial”.

Ojalá los niños y jóvenes que entran en sus aulas tengan la suerte de aprehender el mundo, adquirir conocimiento sabiendo llenar su mente y alma de algo más elevado que solo sus vidas, y que tengan la fortuna de poner en movimiento aquello que dará más plenitud a las suyas. ●